

El deseo.

Mi nombre es Zoe, tengo 11 años y mi casa está en un pequeño pueblo de Segovia llamado Cantalejo. Está entre pinares y tiene de todo, pero lo que le hace más interesante y especial es que hay muchos niños. Vayas donde vayas hay niños de todas las edades y colores. Mi pelo es castaño, como mis ojos, un poco baja para mi edad y bastante delgada –como mi madre-. Los que me rodean dicen que tengo un carácter muy fuerte, y pueden que tengan razón, porque cuando me enfado no hay quien me aguante, -como mi padre-. Sin embargo, cuando no estoy irritada, pienso que soy amable y divertida. Vivo, o mejor dicho, sobrevivo con un hermano más pequeño que yo. Se llama Kiko y, aunque le adoro, es mi diaria perdición. Es la causa de mis morrocotudos problemas. O, a lo mejor, gracias a ese carácter, yo soy la causa de los suyos. Os digo esto porque os quiero contar algo extraordinario que me ocurrió no hace mucho tiempo por culpa de eso, de mi carácter. O del de mi hermano. O del de todos los niños del pueblo. En fin, no sé.

El caso es que, un día, por la tarde, me encontraba en mi habitación y, como siempre, mi hermano entró como un tropel para jugar o revolotear por allí. ¿y qué le dije yo?, que ni hablar, por supuesto, que se marchara de allí y que no me molestara. Yo estaba a mis cosas. Como es tan cabezota, entre unas cosas y otras nos empezamos a pelear y reñir. Pero la pelea no duró más que un minuto porque, enseguida, mi madre nos separó inmediatamente.

-Pero ¿qué estáis haciendo? –gritó.

-Yo nada, ha sido Kiko que me ha empezado a pegar –dije yo haciéndome la inocente.

-No, ella me ha pegado y me ha hecho mucho daño –dijo mi hermano gimoteando

.-Zoe, Kiko estáis castigados. Cada uno a su habitación, dejad de perder el tiempo y poneros a hacer cada uno lo vuestro, que tenéis mucho por hacer y aún no habéis hecho nada –nos dijo desesperadamente mi madre.

-No, por favor, que yo no he sido. Ha sido él –insistí preocupada.

Mi hermano también rogó a mi madre, pero nuestra insistencia no valió la pena. Mi madre ya había dado la orden y estaba fuera de la habitación, a sus cosas. Sabíamos que no íbamos a conseguir nada, pero, después, continuamos en nuestro ejemplar comportamiento hasta que ya en la cena se agravó la situación hasta el punto de que mi

madre, no tolerando lo que ocurría, nos castigó de nuevo enviándonos a cada uno a nuestra cama sin, ni siquiera, darnos tiempo de acabar la comida.

En mi orgulloso enojo, esa noche deseé con todas mis fuerzas que desaparecieran todos los adultos. Todos, mis padres, mis abuelos, mis tíos, los profesores, los vecinos. Todos. Pensaba que eran injustos, unos mandones que nos daban ordenes a su capricho y con el único fin de fastidiarnos. Agotada, y con mis ideas y mi deseo, me quedé dormida.

Al día siguiente cuando desperté tuve una sensación extraña. La luz que entraba por la ventana era distinta a la de todos los días. No parecían las ocho.

Miré el reloj y marcaba las nueve. Seguía con mi extraña sensación. No podía ser posible. Las madres nunca se quedan dormidas cuando se trata de ir al colegio. ¡Menudas son! Me levanté sobresaltada, presa del pánico, eran las nueve y había que ir al cole. Pronuncié insistentemente el nombre de mi madre y nadie me respondía. Mi hermano también se levantó. Aprecié que tenía la misma extraña impresión que yo. Seguíamos llamando a mis padres y seguían sin responder. Estaba bloqueada, pero me pudo la obligación de acudir a mi cita diaria con el colegio y, sin hacerme más preguntas, nos arreglamos a toda velocidad y salimos pitando hacia la escuela.

Esperaba llegar tarde al colegio pero, cuál fue mi sorpresa que, al llegar a la puerta, vi a todos los niños en la entrada, inquietos. No habían entrado a clase. No jugaban alborotados como otros días. Estaban en corrillos, charlando, como preocupados. Me dirigí al grupo donde se encontraban mis amigas e inmediatamente comprendí que a ellas y a todos los niños les había ocurrido lo mismo que a mí. Los enanos eran ajenos a lo que pasaba y se les notaba felices, jugando tranquilamente, mientras que nosotras nos preguntábamos qué es lo que estaba ocurriendo.

Les conté con pelos y señales todo lo que me pasó el día anterior. Ellas, por su parte, también contaron su negativa experiencia y que todas ansiaron lo mismo que yo.

Entonces, nos hicimos las mismas preguntas y obtuvimos las mismas respuestas: que si no nos había llamado nuestra madre, que no sabíamos qué había pasado con ellas, que no nos habíamos cruzado con ninguna persona mayor... Decidimos investigar un poco en el pueblo y comprobamos que no habían abierto las tiendas, que no circulaba ningún coche, en fin, que no había rastro de los mayores.

Al parecer a todos los niños les había ocurrido algo con sus padres y todos ansiaron lo mismo que yo. Nos miramos todas y comprendimos que nuestro común deseo se había hecho realidad.

Lo que no sabíamos era si esto estaba ocurriendo sólo en Cantalejo o en todas partes, por lo que decidimos ponernos en marcha para hacer nuestras averiguaciones. Cada una fue a su casa a llamar a sus familiares de otras provincias, y nada, ningún mayor daba señales de vida. También llamamos a amigos de otros países y nada, tampoco sabían nada de los mayores. Pusimos la televisión y no había noticias de ningún adulto. En definitiva, no había rastro de gente mayor.

¡Menudo lío que habíamos preparado en el pueblo, en la provincia, en la comunidad, en España y en el mundo entero!, ¡Sin darnos cuenta, habíamos hecho desaparecer a los mayores!

Nos reunimos todos los niños en la Plaza para tomar una decisión en este estropicio. Había opiniones de todos los gustos. Los más pequeños querían volver con sus papás. Sin embargo los mayores pensábamos que la situación en la que nos encontrábamos era la ideal para hacer lo que nos diera la gana, que, en definitiva, es lo que siempre habíamos deseado. Además, pensábamos que sin mayores no habría exámenes, ni deberes, ni tendríamos obligación de estudiar, no habría noticias malas de robos, guerras, asesinatos, maltratos, etc...por lo que decidimos que las cosas quedaran como estaban.

Pasaron los días y siempre transcurrían igual. Nos levantábamos a la hora que queríamos, desayunábamos, comíamos y cenábamos lo que nuestros padres, sin comprenderlo, llamaban comida basura. Nos inflábamos a pizzas, hamburguesas, perritos calientes, bollos, palomitas, chuches y todas esas cosas tan deliciosas que son facilísimas de hacer. Sólo teníamos que meter la comida en el microondas y lista para comer. ¿Cómo pueden llamar a esto comida basura? No lo entiendo. Además, no utilizábamos platos y así no nos daban trabajo.

No nos importaba llevar la ropa sucia porque la utilizábamos siempre para jugar y rebozarnos por el suelo, y como ninguno sabía lavar ir como un desastre era lo normal entre todos.

No nos lavábamos porque no sabíamos cómo se conseguía el agua caliente. Pero tampoco nos importaba oler mal. También era lo normal entre todos.

Para superar el frío utilizábamos todas las mantas de la casa y nos acurrucábamos con nuestros hermanos en la cama.

Pero con el paso del tiempo comenzaron los problemas. Comenzó a escasear la comida porque nadie la fabricaba ni la traía a los lugares de donde la cogíamos. La suciedad se acumulaba en las casas y en las calles, donde las ratas iniciaron su

asquerosa invasión. Nuestra salud empeoraba por el frío, la suciedad y la mala alimentación. No controlábamos a los pequeños, quienes empezaron a hacer las cosas por su cuenta, sin ayudar en nada y sin hacernos caso de lo que les decíamos. Y lo que es peor, las relaciones personales entre nosotros se debilitaron.

Surgieron enfrentamientos como consecuencia de la desesperación. Los más débiles no podían soportar la situación y la convivencia se hacía horrible. Ya no era todo tan divertido y el juego dejó de ser nuestra principal preocupación para pasar a ser secundario. En lo único que pensábamos era en nosotros mismos sin mirar a los demás. Ya estábamos hartos. Sabíamos que así no iríamos a ninguna parte. Comprendimos lo importante que eran los mayores para el día a día de nuestra vida y, con la experiencia, valoramos los pequeños detalles a los que no dábamos importancia por tenerlos tan cerca y sin esfuerzo.

-Basta –dijimos un buen día. No podemos seguir así. Hay que buscar una solución.

-Y ¿qué podemos hacer? – Nos preguntábamos.

-Igual que lo hicimos, lo podremos deshacer –se le ocurrió a uno.

-No creo –dijo otro con cara de pesimista.

-Yo pienso –dije- que esto tiene pinta de ser una lección. Lo que debemos hacer es llevarnos bien con nuestros hermanos, quererles, respetarles, ayudarles y hacer que ellos también nos quieran, respeten y ayuden, y así demostrar a los mayores que somos capaces de hacer las cosas bien y, sin dejar de ser niños, entender que lo que hacen ellos, aunque no nos guste, lo hacen por nuestro bien.

-De acuerdo. Así lo haremos –gritamos todos a una sin dudarlo.

Durante unos días pusimos en práctica lo acordado y todas las noches cada uno en su casa deseó con todas sus fuerzas el regreso de sus padres. Al final el esfuerzo dio el deseado resultado, pues una mañana, alguien me meneó en la cama y escuché la preciosa voz de mi madre:

-¡Arriba dormilona! –dijo dulcemente. ¡Hay que ir al cole!

Me levante de un respingo, feliz, contenta, y observé que la luz de la mañana era como yo siempre la imaginaba.

Fdo. LUNARIS